

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

Año 1952 - Núms. 51-52



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL



ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. 529

ARCHIVO HISPANICO

REVISTA

HISTORIA Y LINGÜÍSTICA

Y LINGÜÍSTICA



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1952



Tomo XVI
Núms. 51-52

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1952

ENERO - FEBRERO - MARZO - ABRIL

Nms. 51-52

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excm. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Eloy Domínguez Rodiño.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excelentísima Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

	<u>Págs.</u>
Hipólito Sancho.— <i>El maestro Fr. Agustín Salucio, O. P. Contribución a la Historia Literaria Sevillana del siglo XVI</i>	9
Antonio Martín de la Torre.— <i>Via Crucis a la Cruz del Campo. Estudio arqueológico e histórico de una devoción sevillana</i>	49
Brígido Ponce de León Almazán.— <i>La Química en la Real Sociedad de Medicina de Sevilla (II)</i>	105

MISCELANEA

José Hernández Díaz.— <i>Obras de restauración en el Monasterio de Santa Paula</i>	119
José Guerrero Lovillo.— <i>La Capilla de los Pintores de la Hermandad de San Lucas, de Sevilla</i>	123
*** <i>Concurso de Monografías</i>	135
 LIBROS: Varios	 137
 CRÍTICA DE ARTE: Antonio Sancho Corbacho.— <i>Pintura y Escultura</i>	 157
 CRÓNICA: José Andrés Vázquez.— <i>Marzo-Abril, 1946.</i>	 163

ARTICULOS ORIGINALES

EXHIBIT HISPANIC

EXHIBIT HISPANIC

EXHIBIT HISPANIC

EXHIBIT HISPANIC

ARTICULO ORIGINAL

VILLALBA

LA QUÍMICA EN LA REAL SOCIEDAD DE MEDICINA DE SEVILLA

(Continuación)

VIII

LA QUÍMICA EN LA SOCIEDAD SEVILLANA DURANTE EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XVIII

INICIAMOS este período con uno de los escritores más fecundos que ha tenido España, aunque éste, por mala ventura, no es ningún Tostado. Aludimos a nuestro socio el doctor don Francisco Suárez de Rivera, natural de Salamanca, y doctor de su Universidad. A Madrid marchó por 1722 y en 1733 era médico de Felipe V. Murió hacia el 1738. Chinchilla inicia el estudio de Suárez de Rivera con estas terribles palabras: «Vamos a ocuparnos del médico que más en ridículo puso la medicina española» (86). Este juicio apasionado, como tantos, del infatigable rebuscador de nuestra literatura médica, se debe sin duda al mareo que le produjo el simple hojear las obras de este prolífico escritor, desordenado en la exposición, atropellado en la confección y divagador sempiterno. Según Roche, escribió 40 volúmenes. «Yo he leído muchos, nos dice Morejón (87), y veo que, al paso que tenía una vasta erudición, carecía de crítica, del talento de escribir, que su credulidad era tal, que, impugnando a los médicos mágicos y crédulos, conservó sin embargo la creencia en los duendes y las brujas, las enfermedades causadas por los demonios (88), y una polifarmacia extravagante».

Nosotros hemos examinado su obra «Manifestación de cien secretos

(86) Hist. de la Med. t. III, p. 53. Hasta la pág. 73 se ocupa de Suárez.

(87) Hist. t. VI, p. 403.

(88) Si H. Morejón hubiera leído el libro de nuestro Martín del Río «*Disquisitionum magicarum libri...*», tenido entonces en toda Europa por libro casi canónico, no reprocharía a Suárez lo de los duendes y brujas y hasta es posible que él llegara a no rechazarlos del todo. ¡Qué frecuente es el olvidar la época del criticado!

del Dr. Juan Curvo Semmedo, experimentados e ilustrados por...» (Madrid, 1736) (89) y en realidad no miente el título. Hay experiencias y observaciones atinadas y originales, pero anegado todo en un fárrago de palabrería e indigesta erudición. Veamos algunos ejemplos. Hace la disección de los cabritos para probar que la leche se coagula en el estómago por un ácido (p. 83). «Este ácido es un ácido volátil, el cual tiene su domicilio en el estómago, sin el cual la comida no se transmuta en quilo o jugo vital...; porque este nuestro ácido volátil... es semejante al de vinagre y por eso (con éste) se recrea tanto el estómago, se corrobora y su apetito se agudiza». Mediante experiencias prueba que el mercurio de la vida no contiene mercurio, sino sólo *régulo de Antimonio* (p. 162-163). Su manejo del microscopio se observa repetidas veces, incluso con dibujos, como los traídos para demostrar los meatos y cavidades de los nervios y el tejido graso interpuesto entre sus haces (p. 170 y 171).

Partidario y conocedor de Paracelso y de van Helmont (90), animó a los españoles para que estudiasen la Química y la Botánica. «En medio de todo lo que llevamos expuesto, añade Morejón (91), Rivera fué atrevido en la práctica; usaba el sublimado corrosivo en dosis considerables; prescribió antes que Stoll, el emético en la hemotisis... Usó con valentía del opio en los cólicos y con no menos atrevimiento aconsejaba los cáusticos más poderosos en ciertas afecciones cutáneas».

Bajo el punto de vista químico, nosotros creemos que Suárez de Rivera merece un estudio paciente y minucioso, que demostraría su extenso conocimiento de todo lo publicado hasta su época y tenemos la seguridad de que se descubrirían en él observaciones originales y muchas veces acertadas. De sus numerosas obras citamos al pie las que más se relacionan con nuestro objeto (92).

En los principios de este segundo período de la Regia Academia Hispalense, nos juzgaríamos culpables de una grave omisión si no mencionásemos siquiera a uno de sus socios más eximios, al Dr. D. Martín Martínez, quien en su breve vida de 50 años, desde 11 de noviembre de 1684, en que nació, en Madrid, hasta el 9 de octubre de 1734, en que entregó su espíritu a Dios, se puso por su talento a la cabeza de nuestro Cuerpo médico. Se doctoró en Alcalá, «mostrando gran aplicación a los estudios de Física, Química y Anatomía». Fué presidente de la Real Sociedad de Medicina y demás Ciencias de Sevilla; gran disector, asistiendo a algunas de sus disecciones el Rey Felipe V; excelente literato,

(89) Censura en 4 nov. 1733.

(90) Págs. 7, 8, 145.

(91) L. c. p. 403.

(92) «Cirugía química...» Salamanca, 1709; «Cirugía metódica y química reformada...» Madrid, 1722; «Medicina elemental experimentada y acrisolada...» Madrid, 1728; «Clave médico-quirúrgica universal y diccionario... mineralógico... químico...» Madrid, 1730 (tres t. en 4.º. Quedó en la letra C); «Medicina ilustrada, química observada...» Madrid, 1724; «Ilustración... de los 17 secretos de Curvo...» Madrid, 1732; «Reflexiones anticólicas, experimentos... químicos...» Madrid, 1723; «Nuevas maravillas del arte químico».

músico y poeta. Imprimió muchos libros y dejó bastantes manuscritos, que se han perdido. Por su riqueza de lenguaje, ha merecido que la Real Academia Española lo incluya en el *catálogo de Autoridades de la Lengua*.

De todas sus obras, hace a nuestro propósito la «Medicina scéptica» (Madrid, 1722). Dedicóla «a la ilustre y docta Sociedad de Sevilla». Uno de los interlocutores es un químico. El segundo tomo se publicó en 1725 (93). A los ocho años imprimió la «Philosophia sceptica, extracto de la Physica antigua y moderna» (Madrid, 1730), cuyo contenido responde perfectamente al título. En ningún otro libro español (y dudamos si en algún extranjero) se expone con mayor concisión, claridad y elegancia, lo que los aristotélicos, gasendistas y cartesianos opinaban hace 220 años sobre la materia prima y formas sustancial; sobre los cuatro elementos, fuego, aire, agua y tierra; sobre los elementos químicos; sobre las cualidades de los cuerpos y sobre otros muchos puntos de Física y Química, que entonces ya se iban diferenciando. La opinión de Martín Martínez la expresa el escéptico de los cuatro dialoguistas, el cual algunas veces se acuesta a la opinión de alguno de los otros tres, pero en general no se conforma totalmente con la de ninguno.

En la acalorada discusión sobre la materia prima del cartesiano y gasendista contra el aristotélico, se pone de parte de éste: «La definición de los Aristotélicos es justa y verdadera: *justa*, porque define metaphysicamente un Ente, que sólo es methaphysico; *verdadera*, porque el ser *primer sujeto de la generación substancial*, conviene tanto a la materia Cartesiana, como a los átomos Gasendistas...» (94).

Pero al tratar del número de los elementos químicos, se opone a todas las escuelas. «El número de los elementos no está sabido, ni jamás creeré que se sepa, hasta ver que todos los hombres se convienen en un mismo sentir. De los cinco que estableció Paracelso, reforman uno sus sucesores, que es el *espíritu*, por quanto éste, como habéis dicho, o es un sal *volátil*, o un *azufre ethereo*, desatados en algo de flema: con que no es distinto de los otros quatro. Entre las sales son tan varias sus figuras y virtudes específicas, que no sólo hay el amargo, el salso, el dulce, el ácido, sino otros seiscientos, como se explicó Hipócrates, y aun otros indefinidos, que gozan de todo género de facultades y virtudes. Reducirlo todo al ácido y álcali, es reducir la Physica a dos términos vagos y generales y meter en confusión la claridad de la naturaleza; pues entre los ácidos son innumerables las especies, y de los alkálicos son tantos, que el...» (95).

El gran Martín Martínez, prez y decoro de nuestra clase médica, dedicó también su Filosofía Escéptica a la «Muy Ilustre Regia Sociedad», y para que se aprecie el respeto y cariño que sus miembros le tenían,

(93) Morejón, t. VI, págs. 389 a 400.

(94) *Philosophia Scept.* 3.^a ed. Madrid, 1768, p. 30.

(95) Ob. cit. p. 108.

séanos lícito trasladar algunas frases de su dedicatoria: «¿Cómo tendré aliento de ofrecer tan levisimo Culto ante tan gravissimo Congressso?

¿Audebitne, praecor, doctae subjecta Catervae

Inter tot Proceres, nostra Minerva loqui?—Sólo me anima tener el honor de hijo de essa gravissima Sociedad; pues a ninguna Madre (por más circumspecta que sea) la suelen parecer mal las cosas de sus hijos...

«Allá en la juventud del Mundo solían dedicarse los libros a un docto amigo, que supiesse juzgarlos y pudiesse defenderlos; oy ya en su vejez, o la codicia o la lisonja ha mudado los fines (aunque por lo común vanamente), dedicándolos a quien ni sabe sostenerlos, ni suele estimarlos. Yo, restituyendo el mundo a su mocedad, no sólo dedico esta obrilla a un Sabio Amigo, sino a tantos Amigos y Sabios, quantos son los que componen esse Celeberrimo Colegio de Philosophos y Eruditos.

«Ni esto se crea ponderación, pues la Academia Hispalense en sólo espacio de seis lustros ha ilustrado más la Phisica y Ciencias Naturales, que todas las demás Escuelas de España en algunos siglos...» (96).

Conociendo el espíritu ponderado e independiente de Martín Martínez, esta última afirmación es el mayor elogio que puede hacerse de nuestra Sociedad.

Más químico que el Dr. Martínez, y de mérito también muy relevante, fué el farmacéutico D. José Arcadio Ortega (97). Podemos considerar a Ortega como el exponente de la cultura química española en este período, en el que se ve levantado al nivel de las otras naciones.

García Romero (98) lo señala como socio fundador en la primera y en la segunda fundación, esto es, en la constitución de la Sociedad por Carlos II y en la restauración por Felipe V. Lo que nos indica que debió nacer por lo menos hacia 1680. Fué farmacéutico honorario de la Real Casa y Canciller de la Real Sociedad.

De sus actividades científicas, la primera de que tenemos noticias es una Memoria leída el 3 de Febrero de 1735 en la Sociedad Sevillana, sobre el tema: «Si es restituible la virtud emética a las preparaciones antimoniales y por qué medios». A ésta siguió el mismo año otra sobre el veneno de las víboras en la misma Sociedad (99).

Al principio de esta etapa que vamos reseñando, hacia 1730, se entablaron entre los socios dos discusiones de aspecto químico que dieron nacimiento a varios libros, no todos de igual mérito. Nos referimos a las

(96) Ob. cit en Prólogo.

(97) Se le ha confundido muchas veces con D. José Ortega u Hortega, en cuya trasbotica nació (1734) la Real Academia de Medicina de Madrid. El mejor trabajo sobre este Hortega lo publicó en 1936 D. Rafael Folch Andreu en «Publicaciones conmemorativas del II Centenario de fundación de dicha Academia», pp. 243-282.

(98) En Triunfo de la Real Sociedad.

(99) Traen algunas pocas noticias de Ortega: Morejón, Hist. Med. Esp. t. VII, p. 77; Meffei, Apuntes, t. I, p. 523; Juan García Romero, Triunfo, 1731. En la Enciclopedia Espasa publicamos a su tiempo una pequeña biografía. Sus trabajos químicos se estudian en la Segunda Parte. En estos y otros autores se confunden los Ortegases, José y José Arcadio.

disputas sobre el ácido y álcali y sobre el uso del agua en la medicina. La *teoría del ácido y del álcali* la expone brevemente Morejón al hablar de uno de sus fervientes partidarios, el Dr. Suárez de Rivera antes citado (100): «establece que todas las enfermedades dependen de un ácido de naturaleza específica, que se fija ya en uno, ya en otro órgano, y que el modo de obrar los remedios es por atracción o neutralización alcalina que se opone a la causa ácida de las enfermedades». Como se ve, se trata de un sistema de fisiología química, cuya discusión supone profundos conocimientos fisiológicos y químicos. Ninguna de las dos ciencias había alcanzado por entonces desarrollo suficiente para, fundándose en ellas, hacer notables disertaciones, pero los libros en que aparecieron, nos dan idea cabal del caudal de conocimientos que sobre las mismas ciencias tenían sus autores.

Uno de los más documentados enemigos de la teoría del ácido y el álcali, fué nuestro insigne Martín Martínez en su *Medicina Scéptica* (1722) ya citada. Le impugnó el también socio* Juan Gil Sanz, médico aragonés residente en Cádiz, hombre docto y experto, especialmente en operaciones químicas, según Morejón (101), quien aduce el testimonio del señor don Francisco Xavier García, aprobante de una de sus obras. El título de la obra de Gil Sanz dice ya bastante de su contenido: «Triunfo del ácido y álcali...; pruébase la universal existencia de aquellos en todas las cosas criadas en este mundo; vindícanse de la impostura que de vanos les hace el Dr. Martín Martínez... (Sevilla, 1728). El diablo de la discordia se infiltró en las filas de nuestros socios. Amparado en el anónimo, le replicó uno de ellos: «Triunfo desgraciado del ácido y del álcali; ruina fatal que ocasionó al dicho sistema la pluma de D. Juan Gil Sanz, bachiller en Medicina y revalidado en ella; noticia que da al público en nombre de la siempre ilustre docta y regia Sociedad, uno de sus socios» (102). A este escrito irónico contestó pronto el aludido en tono que manifiesta bien su irritación: «El Triunfo, vindicado de la calumnia, impostura e ignorancia, contra Medicina sceptica y sus fautores» (Cádiz, 1729). Va dirigido contra el anónimo y contra D. Pedro Salinas, también socio. Este había publicado el poco interesante escrito: «Opúsculo nuevo: mónica secreta en favor de la Medicina scéptica del Dr. Martín Martínez».

El Anónimo anterior no se dió por vencido y quiso aplastar a Gil Sanz con su «Clava hercúlea, que en nombre de la siempre ilustre, docta y regia Sociedad Médica de Sevilla, mueve uno de sus socios contra el *Triunfo vindicado*, de D. Juan Gil...» (103).

Otros intervinieron en la contienda; pero su interés químico no pa-

(100) Hist. de la Med. t. VI, p. 403.

(101) Hist. t. VII, p. 25.

(102) Carece de fecha e imprenta, pero debió salir en 1728.

(103) Morejón, t. VII, p. 26.

rece muy grande para que nos detengamos más en su exposición. Lo mismo hemos de afirmar de la otra polémica relativa al uso del *agua* en la *medicina*. También ésta se convirtió en manzana de discordia y a nuestro parecer contribuyó no poco a debilitar el fervor y compenetración que se observa en los primeros socios, como hemos tenido ocasión de ver en las contiendas sobre los medicamentos antimoniales y las cualidades ocultas.

La pretensión de encontrar un remedio universal a todas las enfermedades, tanto hoy como ayer, parece absurda. Convengamos, sin embargo, en que esta idea simplificadora, más que absurda, es pretenciosa, ya que la inteligencia humana, atada a la materia, ser compuesto y multiforme, podrá hallar, y ha hallado, leyes múltiples, que regulan sus actividades y transformaciones particulares, pero jamás logrará encontrar la ley única, simplicísima, que las comprenda todas. El empeño, por tanto, de alcanzar este ideal, podrá motejarse de utópico, pero no de necio.

Según Monlau (104), el provocador de las trifulcas hidropáticas prolongadas durante casi medio siglo, fué un folleto manuscrito que corrió por Granada, Sevilla y otros puntos de Andalucía, en los años 1708 y 1710, titulado «Remedio universal del agua natural medicinal». El incendio que prendió esta chispa, se extendió por toda España, como lo demuestra el Dr. Sangredo del «Gil Blas de Santillana» (1715) y del éxito conseguido es buena prueba el cierre de varias boticas en Madrid en los años 1740 a 1750.

Saldría fuera de nuestro propósito el dar cuenta de todas las obras que se publicaron, firmadas y anónimas, sobre esta debatida cuestión, debiéndonos ceñir a los miembros más eminentes de nuestra Sociedad y a los distinguidos por sus conocimientos químicos. El primero que sale al palenque y que se puede considerar como el castillo central atacado y defendido en esta batalla doméstica, fué el médico D. Juan Vázquez de Cortés, quien tomó por suya la causa del famoso *médico del pulso*, su consocio, el Dr. D. Francisco Solano de Luque, quien en su libro: «Origen común y universal, generante de los accidentes todos...» (Málaga, 1718), recomienda el agua pura como remedio más simple, más agradable y menos peligroso. La idea, como todas las ideas que cristalizan en un sistema, no fué solamente suya, sino que ya se apuntaba en las obras de Alderete y otras anteriores y recibió muchos retoques hasta llegar a constituir una doctrina en Vázquez y generalizarse excesivamente por Vicente Pérez, quien mucho antes que el tan aplaudido abate Kneipp, propuso el agua como remedio casi universal de todos los males.

Antes de exteriorizarse la lucha en la Prensa de aquel entonces, los folletos y libros pequeños, debía existir gran efervescencia entre los

(104) «Higiene de los baños de mar», p. 336, citado por Martínez y Reg, t. I, p. 848.

socios y no socios, y a esto se debió seguramente el que la Sociedad encargara el 21 de mayo de 1733 que en una de sus sesiones disertara sobre el asunto el sabio Ortiz Barroso, como lo hizo con su competencia acostumbrada. Más adelante citaremos este trabajo. Contra él iba dirigido el libro de Vázquez Cortés, editado en Sevilla en 1735 y titulado: «Medicina en las fuentes: corriente de la medicina del agua; purga sin corriente»... (105). Como por el mismo título se colige, Vázquez defiende el uso del agua y ataca el empleo de los purgantes. Esta doble tendencia tuvieron todos sus defensores y seguidores, lo mismo el citado Pérez en Madrid, que nuestro Páez en Granada (106), y casi dos siglos después, Kneipp en Francia.

El mismo año de 1735 lo rebatió don Manuel Mastrucio con sus «Apuntes contra la universidad y abuso del agua...» Le acompañó en el ataque Alonso Cornejo, con su «Respuesta a un papel apologético con el título: «Medicina en las fuentes...»

Por las aprobaciones de los socios impresas en los libros, aparecen al lado de Vázquez, los ilustres Gaviria, Iglesias, Gutiérrez de los Ríos, Cote y Cobián y el P. Feijóo, y en frente, Mastrucio, Cornejo (no socio) y Ortiz Barroso, no menos ilustres y competentes. Debe advertirse que tanto los fautores como los detractores, ni aceptaban las afirmaciones absolutas y generales de Vázquez, ni cerraban contra todo su sistema. Eran todos (puede afirmarse) unos acuaristas templados, ecuanimidad característica de todos nuestros grandes pensadores. En lo que no hubo ecuanimidad, ni siquiera cortesía, fué en el lenguaje de los anónimos. Se debieron éstos principalmente a Ortiz Barroso, que con el pseudónimo de *Teófilo Correctionis* se comporta con un descomedimiento que no era de esperar a juzgarlo por el sereno estilo de sus obras impresas.

La Sociedad quiso sin duda atajar las graves consecuencias que para la habitual buena inteligencia entre sus socios habían de acarrear tan agrias y apasionadas discusiones y por eso los llamó a discutir en su propia casa, encomendando la disertación a don Toribio Cote y Cobián, que la explanó el 15 de diciembre de 1735 con un aplomo y cordura admirables. No fué suficiente este remedio y la controversia continuó el año 1736 con la misma o mayor acritud que antes. Ortiz Barroso, como fruto de sus controversias, maduró más las ideas expuestas en su referida disertación del año 33 y las publicó en un libro muy competente el año 1736 (107).

Y con esto ponemos fin a la breve historia de esta polémica dentro

(105) En 1850 se reeditó en Madrid por Ibarra (Mart. y Reg., t. I, p. 178).

(106) Martínez y Reguera dice de él «que escribió de Hidrología en Granada, contrayendo con buen talento, con Navarrete». (t. I, p. 220).

(107) «Uso y abuso del agua dulce potable, interno y externamente...» Sevilla, en 4.º. Morejón dice que no se publicó el segundo tomo. (Morejón, t. VII, pp. 39-44). Don Federico Gómez de la Mata posee un ejemplar con la fecha de 1733, en Sevilla.

de nuestra Sociedad, pasando ahora a dar alguna noticia de sus beligerantes. Empezaremos con una de sus primeras figuras: el doctor don José Ortiz Barroso, de quien con anterioridad nos hemos ya ocupado.

Este ilustre médico sevillano estudió y practicó la medicina en la capital de Andalucía, con tal éxito que mereció ser nombrado médico de la familia real, con ejercicio, familiar del Santo Oficio, socio de número, consiliario, secretario y vicepresidente de nuestra Sociedad. Aquí hizo sus primeras armas y, a la verdad, siempre con lucimiento. En la primera parte de la citada obra el «Uso y abuso del agua» trata de sus propiedades, diferencias y medios de indagar las más selectas, con juiciosas reflexiones y experimentos. En la disertación que el 7 de enero de 1734 tuvo en la Sociedad sobre los catárticos se opone al movimiento de atracción en *general*, citando a Verdries (108) y se muestra conocedor de la Física: «no es movimiento atractivo. Es, pues, como el que hace subir el agua en las bombas, y el mercurio en los barómetros; ya es a todos notorio ser de estos fenómenos la impulsión elástica del aire la causa» (109).

Compañero de Ortiz Barroso en la restauración de la Sociedad por Felipe V y fiscal de la misma, fué el doctor don Toribio Cote Cobián, maestro en artes, decano del claustro médico y ex catedrático de Prima en la insigne Universidad de Sevilla. En la mencionada disertación del año 1735 a 15 de diciembre nos dice que «se hace preciso describir la naturaleza del agua, que la antigüedad se contentó con decir que era un elemento frío en *sumo* y húmedo *prope summum*. Pero los modernos aclaran más su eficacia y dicen que es el primer flúido o líquido, cuyas partes componentes son flexibles, delicadas, lúbricas, que fácilmente se juntan y separan, ceden al tacto y brevemente recuperan su perdido sitio; son homogéneas, oblongas y angulosas; húmeda en *sumo* y fría casi en *sumo*. Por esta descripción se entiende fácilmente que sea agua y su modo de substancia o estructura, con la que, introduciéndose en los mixtos porosos, disuelve las sales y saca la tintura, y aun disuelve los metales mezclada con tales y tales sales».

«Es húmeda en *sumo* y fría sobre la mediocridad *active et passive*, esto es, que siempre comunica dichas calidades a otros cuerpos. Es ponderosa; pero menos que la tierra: no es elástica; se acomoda a todas las figuras; es el vínculo y unión de los demás elementos; es alterable por todo elemento y por algunos mixtos; por que ya se calienta, ya se enfría en varios grados sobre la mediocridad, hasta llegar a helarse; en cuyo estado no hay duda, estará violenta». Se detiene a continuación en

(108) *Introduct. in Scient. Nat.* fol. 115.

(109) *Dissertationes*, pp. 450 y 452. Su explicación fisiológica de la acción de los catárticos se podría suscribir hoy casi hasta en los menores detalles (p. 441-485). En el tomo correspondiente de la Enc. Espasa publicamos una nota biográfica de Ortiz Barroso.

referir los varios modos de enfriar el agua citando los *Actos Anglicos* del año 1666 (110).

El batallador *don Juan Vázquez de Cortés* fué médico sevillano, amigo de Feijóo y colaborador del presbítero don Manuel Gutiérrez de los Ríos. En la obra: «Juicio que sobre la Methodo controvertida de curar los morbos con el uso del agua... formaba el doctor don Manuel Gutiérrez de los Ríos» (111), debió tener gran participación Vázquez de Cortés, quien le dedica un extenso prólogo. En el artículo IX de esta obra se traen «Razones deducidas de la doctrina del gran Helmoncio, que persuaden deberse desterrar los purgantes todos de la medicina» (p. 76 a 90). En el art. X «Se proponen los fundamentos de Hoffman a favor de la actividad de los purgantes, y se le responde (p. 106 a 116). En el art. XI investiga «Quién fué el gran Helmoncio? ¿Qué aceptación tuvo y tiene en el orbe literario?, y se da alguna noticia de los sólidos fundamentos de su profunda doctrina médica» (p. 117 a 160). En la «Respuesta crítica de Hércules de Ocaña (pseudónimo de Vázquez) a la Reflexión epistólica de Theófilo Correcciones» (112) vuelve a ocuparse de van Helmont, de su Archeo y del agua (113).

La figura del citado *don Manuel Gutiérrez de los Ríos* llama la atención por la variedad y carácter, para nosotros hoy casi incomprensible, de sus diversas actividades. Presbítero y médico de Cádiz, como otros muchos de la misma época, ostentaba además los títulos de protonotario apostólico y dignidad de la Santa Iglesia de Roma. Tantas ocupaciones no le impidieron el estudio bastante profundo de las doctrinas químicas, como acabamos de ver en el párrafo anterior al hablar sobre su «Juicio sobre el método de curar con el uso del agua», obra que, en opinión de Chinchilla, es «una de las más interesantes que se escribieron en favor de dicho método» (114).

Sacerdote y religioso benedictino fué otro famosísimo socio de estos tiempos, Fr. Benito Jerónimo Feijóo, nacido en Santa María de Melias de Orense el 8 de octubre de 1676 y muerto a los 87 años en Oviedo, el 26 de diciembre de 1764. Tanto se ha escrito sobre este enciclopédico fraile benedictino, que nos excusa el detenernos en señalar la multiplicidad y diversidad de temas por él tratados, ni su ingenio y competencia en tratarlos. Con varios de nuestros socios cultivó estrecha amistad, especialmente con Juan Vázquez de Cortés y con Martín Martínez. En sus numerosas obras se observa cierta predilección por los estudios físicos sobre los químicos, aunque podemos asegurar que su erudición alcanzaba

(110) Dissertaciones, pp. 117-139.

(111) El Dr. D. Javier Cortezo posee un ejemplar de la ed. de Sevilla de 1736. Se cita otra de Sevilla de 1738 y otra de Madrid de 1753.

(112) 18 págs. en 4.º, sin portada ni colofón.

(113) Otros muchos papeles publicó Vázquez de Cortés sobre el mismo tema: contra Mastrucio, Cornejo y Ortiz Barroso.

(114) Anales, t. III, p. 270.

también a estos últimos, si bien en unos y otros se encuentra más agudeza que profundidad y alcance. Así en la Cuestión Séptima del primer tomo de sus Cartas Eruditas, se propone el problema de «¿Por qué el fuego de chimenea es más saludable que el del brasero?», y se fija en muchos pormenores de aguda observación y acaba por deducir que la malignidad del brasero no se debe al «humo grueso y visible, a quien únicamente damos este nombre; sino a otro humo más delicado y sutil que la vista no percibe». «Este humo, continúa, no se distingue del otro únicamente por más enrarecido. Si así fuese, haría incomparablemente menos daño que el otro, así como sería incomparablemente menor en la cantidad...». Al seguir los difusos razonamientos de Feijóo, espera uno encontrar la afirmación de que el carbón o madera, al arder, produce dos exhalaciones esencialmente distintas y por tanto algún ligero atisbo del anhídrido y óxido de carbono. Pero quedamos defraudados en cuanto llegamos al final y leemos: «Pero niego que no haya otra distinción entre éste y el humo grueso más que la sutileza. Distínguense, pues, substancialmente, en que el humo sutil es pura exhalación: el grueso es mezcla de exhalación y vapor».

La misma superficialidad en la Cuestión XVIII. «¿Cuál es la naturaleza y cuál las propiedades de el Elemento de la Tierra? Ni yo lo sé, responde, ni pienso que algún filósofo lo sepa, ni haya sabido jamás». Su amigo Martín Martínez, que no era lerdo, parece que lo sabía en su «Filosofía» y en su «Medicina Escéptica» (115). Feijóo se extiende profusamente, como acostumbra, en consideraciones ingeniosas sobre éste y otros elementos antiguos, consideraciones que hacen sospechar no llegó a penetrar en el concepto que los químicos de su tiempo tenían sobre el aire, agua, fuego y tierra.

Su desconocimiento de nuestros autores, a que en otra parte aludimos, queda perfectamente confirmado con estas sus palabras: «Para España estuvo por demás la declaración del Tribunal Romano contra los Copernicanos: ya porque acá en aquel tiempo *nec si Copernicus est audivimus* (ni habíamos oído nombrar a Copérnico), ya porque en materia de Doctrina (aun la Filosófica y Astronómica) es tan inmóvil nuestra Nación, como el Orbe Terráqueo en el Systema vulgar» (116). El agustino fray Diego de Zúñiga, casi contemporáneo del gran astrónomo, se debió revolver en su tumba al escuchar estas palabras del benedictino, queriendo gritarle: «Lee mis comentarios al Libro de Job» (117), y lo mismo se estremecerían Suárez, Vázquez, Zaragoza, Jerónimo Muñoz y otros de nuestros filósofos y astrónomos (118).

(115) Diálogo V de la Filosofía y conversación I de la Medicina.

(116) Cartas tomo III, carta XXI, n. 10.

(117) Toledo, 1584.

(118) Véase Armando Cotarelo: «El Padre José Zaragoza y la astronomía de su tiempo». Zaragoza nació en 1627 y murió en 1679.

Acabaremos este capítulo con la mención de tres espagíricos de la Sociedad, los farmacópolas D. Antonio Díaz, D. José Moreno y D. Fernando Martínez de Castro, citados en 1731 por García Romero en su Triunfo y de los que no hemos conseguido hasta ahora hallar más datos.

(Continuará).